

Luis de Francia, el título de santo, santificando en él la obra heroica de la reconquista, ésta, puede decirse, estaba consumada; faltaba un solo girón de Andalucía; dos siglos esperó España para terminar su obra.

El Oriente español había contribuido á ella bravamente; el pequeño reino cantonal de Aragón, creado en los montes de Jaca y Sobrarbe por un capricho de Sancho de Navarra, había tomado la vanguardia de la reconquista por aquel lado. Los reyes aragoneses, precedidos de sus almogávares (soldados fronteros) y seguidos de sus nobles, cada uno de los cuales se tenía por igual al rey, acabaron por apoderarse de Zaragoza, que fué desde entonces capital del reino, y por dominar el valle del Ebro en el primer tercio del siglo XII. El ilustre guerrero que más había hecho por la reconquista, Alfonso el Batallador, dejó su reino á las órdenes militares del Templo y San Juan; ni navarros, ni aragoneses se contentaron con esto; los primeros recobraron su autonomía, entrando pronto Navarra en el radio de atracción de Francia por dos siglos, y Aragón en el del cada vez más rico y poderoso condado de Cataluña, con el cual acabó por unirse, resultando del matrimonio de la heredera de Aragón y del célebre Ramón Berenguer de Barcelona, un rey de Aragón y conde de Barcelona en 1162.—Las conexiones de catalanes y provenzales y los dominios que en el mediodía de Francia tenían los condes de Barcelona, obligaron al caballeresco Pedro de Aragón á tomar la defensa del conde de Tolosa, víctima de la cruzada contra los albigenses; en la batalla de Muret perdió la vida. Su hijo fué el contemporáneo de San Fernando, el célebre Jaime el Conquistador; batalló sin tregua contra los moros durante su larguísimo reinado, y conquistó las islas Baleares y los reinos musulmanes de Valencia y Murcia; Jaime fué un tipo de guerreros, de esos que el pueblo y los poetas hacían centro de sus cantos épicos; murió abrumado de pesares domésticos y de gloria en 1276.—Pero este mismo siglo que vió tanta grandeza, fué testigo de las causas que detuvieron la obra de tantas generaciones, y que sólo al finar el siglo XV había de consumarse, gracias á la unificación de España. En Castilla comienza, con la muerte de San Fernando, una serie de disturbios fomentados por los reyes vecinos, incluso el granadino. El sucesor del rey santo fué Alfonso el Sabio (X); empleó su ambición (era por su madre un Hohenstaufen) en el empeño de ser emperador de Alemania; de aquí la necesidad de gastar mucho y de imponer fuertes tributos; de aquí el disgusto de los súbditos. Tuvo la idea de hacer entrar su reino bajo el imperio de una legislación común, y ordenó y dirigió la formación de un código admirable, basado sobre la legislación romana y el derecho canónico, especie de vasta enciclopedia jurídica, con que el rey, que mereció de los pósteros el dictado de *Sabio*, quiso substituir la enorme cantidad de leyes particula-

res y de excepción, *fueros*, por las que se regían nobles y municipios. Como la base política de este cuerpo de derecho era la autoridad absoluta del monarca, según lo rezan los principios romanos, la oposición de los magnates y aforados obligó á D. Alfonso á suspender la vigencia de *las siete partidas* que lentamente llegó á tener fuerza legal sin embargo.

El descontento de los magnates, complicado con la ambición de D. Sancho, hijo del rey, que sostenía contra un su hermano mayor lo preferente de su derecho á heredar el trono, originaron una serie de guerras civiles. D. Alfonso, gran sabio (era un astrólogo eminente) y gran legislador, murió lleno de dolor en 1284. Su hijo Sancho el Bravo, á pesar de las turbulencias de su reinado, hizo avanzar la reconquista un paso más todavía con la toma de Tarifa, que luego defendió contra los moros el famoso Guzmán el Bueno.—Los reyes de Aragón, á la caída trágica de la dinastía de los Hohenstaufen, tomaron parte impetuosa en los asuntos de Italia é iniciaron la lucha con los franceses (de Carlos de Anjou) por la posesión del mediodía de la península, comenzando con el apesamiento de Sicilia. Tuvo grandes peripecias aquella lucha; Pedro el Afortunado, rey de Aragón, tuvo la gloria de rechazar una formidable invasión francesa que se trocó en desastre inmenso; los almogávares sembraron el terror en Italia, y los bravos catalanes dominaron el Mediterráneo occidental. Este rey comenzó la gloria exterior de la monarquía aragonesa, compuesta de Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, el Rosellón en Francia, y Sicilia en Italia.—He aquí, pues, la doble causa de la suspensión de la reconquista: Castilla destrozada por disturbios interiores, gasta en ellos su sangre; los aragoneses y catalanes la van á derramar en cuestiones europeas; la gran empresa de la España medioeval se eclipsa por largo tiempo.

Ya lo dijimos; en España no pudo aclimatarse, fuera de Cataluña y Aragón, un feudalismo absoluto; había naturalmente magnates, algunos muy poderosos, muy ambiciosos todos; el espíritu aventurero idiosincrático en la nación española é hipertrofiado por las azarosas luchas de la Reconquista, ponía en ellos conatos de monarcas; pero las necesidades severas de la guerra les obligaban á agruparse en derredor del caudillo cuyo mando los dividía menos y los defendía mejor por ende, y éstos eran los reyes, que nunca permitieron que sus súbditos tuviesen prerrogativas soberanas, ni inmunidades absolutas. En Aragón la cosa era algo distinta; los *ricos hombres* sí tenían ciudades bajo su dominio y las gobernaban por medio de sus bailes ó zalmedinas; pero los reyes supieron al cabo dejarles los honores y las rentas y apoderarse de la jurisdicción.—En Castilla las ciudades aforadas por los reyes eran también un límite forzoso á la constitución del feudalismo típico, porque administradas por sus consejos,

sin más obligación que la de defender la frontera, sus cartas forales, exceptuando las expedidas por los nobles mismos, daban toda la importancia al rey sobre la nobleza. Las Cortes, muy temprano desprendidas de la crisálida eclesiástica de los Concilios, empezaron, antes que en Inglaterra, á recibir en su seno procuradores de las ciudades que marcaron el advenimiento del *tercer brazo ó estado llano* al gobierno económico del reino; San Fernando organizó esta representación definitivamente. Las instituciones de Aragón presentaban la particularidad de haberse creado en ellas, con el nombre de *Justicia Mayor*, un funcionario de la pequeña nobleza y de nombramiento regio, aunque inamovible, cuyo veredicto estaba por encima de las disposiciones de los nobles y aun de las del rey. En suma, hija de una intensa actividad nacional, la constitución de los reinos españoles daba, más que otra quizás en Europa, amplia cabida á la libertad.

5. *El duelo entre los Hohenstaufen y el papado. Federico II.*— En su ahinco de dominación universal, Inocencio III solía tener la mano torpe al tocar ya los asuntos públicos, ya los privados; en Inglaterra, ya lo vimos, tuvo especial empeño en hacer abortar el movimiento que produjo la *Charta Magna*; en España logró disolver la unión entre un rey de Castilla y su prima, aunque no tan pronto como hubiese querido, y la inobediencia de los reyes permitió nacer á San Fernando; en Alemania, en donde á la muerte de Enrique VI, su hermano menor Felipe obtuvo el voto de los electores, el Papa se decidió por otro pretendiente, Otón de Brunswick, fomentando así una nueva guerra civil en el imperio. Pero, cuando muerto Felipe de Suabia, el emperador güelfo Otón no tuvo competidor, la lucha entre el papado y el imperio reapareció, porque era la ley fatal de aquel feudalismo antagónico, y eso que Otón se había declarado, por inusitada manera, emperador por la gracia de Dios y del Padre Santo. Inocencio, impaciente por vencer el inesperado obstáculo, extrajo del fondo de Sicilia á su pupilo, casi adolescente todavía, y con sorpresa de la cristiandad, que creía que entre el papado y los Hohenstaufen no había concordia posible, lanzó á Alemania, con el nombre de Federico II, al nieto de Barbarroja; la batalla de Bouvines fué el golpe de gracia al emperador excomulgado, que murió á poco; con Otón concluyó el poder de los güelfos; el emperador gibelino se hizo coronar en la ciudad de Carlomagno y ungir emperador en Roma por Honorio III su preceptor, ya entonces papa.—Federico había sido explícito como el que más en su sumisión á la Santa Sede; pero los gérmenes de conflicto vivían con vida más intensa que nunca: los papas no podían consentir en el gobierno absoluto del emperador en Italia. Federico, educado bajo la influencia árabe y provenzal, é imbuído en las sentencias del derecho romano, se había adelantado audazmente á su tiempo en la concepción del Estado,

tal como había de implantarse tres ó cuatro siglos después en Europa; quería hacer precisamente en Nápoles é Italia el ensayo de este poder abandonando Alemania, en donde hizo nombrar rey á su hijo Enrique bajo la tutela de los magnates, al sistema feudal, que casi organizó definitivamente, legalizando los derechos hereditarios de los barones en sus dominios feudales.

Federico fué un tirano en toda la extensión de la palabra; pero como á su concepción absoluta del Estado correspondía la de la igualdad y, á veces, superioridad del mundo laico sobre el eclesiástico, por este punto abrió el horizonte, antes que ningún gobernante en Europa, á la emancipación intelectual, y por ende á la Edad Moderna.—Organizar sabiamente la administración de su reino italiano, extirpar por donde quiera lo que él llamaba «la planta venenosa de la libertad;» proteger la cultura rodeándose de los poetas y trovadores de aquella Provenza sentenciada á muerte por el Papa y ejecutada por los cruzados y la Inquisición; llamar á los sabios árabes, filósofos y naturalistas, astrólogos y alquimistas, y fundar, como centro coordinador de estos motores del progreso científico, una Universidad laica en Nápoles, esta fué en parte la obra de Federico. En ella tenía que tropezar con dos graves obstáculos: la decisión de los pontífices de sostener á todo trance la teocracia, pormenorizando cada vez más la teoría de la supremacía política del Vicario de Jesucristo, y el espíritu de libertad y de revuelta de las ciudades del Norte de Italia.—Mientras vivió Honorio pudo Federico trazar su obra, á pesar de que el Pontífice le apremiaba para que cumpliera su voto espontáneo de ir á libertar el Santo Sepulcro. Por aquella época se había verificado la 5.^a Cruzada acaudillada por Juan de Brienne, que se titulaba rey de Jerusalem, y el rey de Hungría; esta cruzada, después de varias proezas y desastres en Palestina y en las bocas del Nilo, había tenido que evacuar á Damietta (1217-1221). Sólo Federico podía reparar tamaño mal; el anciano sucesor de Honorio, el soberbio é inflexible Gregorio IX, apremiaba sin cesar al emperador; éste aglomeraba á los cruzados en Brindis, pero quería antes dejar arreglados los negocios del imperio y del reino; la administración de Enrique su hijo, en Alemania, favorable á la libertad de las ciudades, disgustaba á los magnates; en Italia las ciudades lombardas mantenían su independencia; todo era motivo de recelo. Partió, sin embargo, Federico en 1227; pero, enfermo y desalentado, volvió á Italia; Gregorio creyó que aquella vuelta era un pretexto y fulminó contra el emperador la excomunión. Conmovióse el imperio; las ciudades lombardas se preparan á la lucha; el populacho de Roma, que celebraba sus *meetings* en las iglesias, excitado por los gibelinos, pone en fuga al Pontífice; entonces Federico parte rumbo á Oriente.

La 6ª Cruzada (1228-29).—Tuvo ésta un carácter singular; Federico, desde Chipre, trató con el Sultán de Egipto y se hizo ceder la ciudad de Jerusalem por medio de un tratado en que se pactaba que el culto mahometano sería respetado. El emperador, que de antemano se había hecho ceder, por su suegro Juan de Brienne, los derechos al reino de Jerusalem, entró con su espléndido séquito en la capital sagrada, y excomulgado y todo, se coronó en la iglesia del Santo Sepulcro y retornó después á Italia; su voto estaba cumplido.—Fué aquello una sorpresa y un escándalo; ¡obtener por la política lo que no se había alcanzado cruzando ríos de sangre cristiana! ¡tolerar el culto musulmán en Jerusalem! El Papa puso el grito en el cielo; aquel emperador era, como otro Papa le iba á llamar, *el perturbador del mundo*. Cuando Federico llegó á Italia, su autoridad estaba minada; legiones de frailes mendicantes recorrían el reino llamando á los pueblos á la libertad y vomitando improperios contra el tirano impío. La sola presencia del emperador disipó la tormenta; su amigo y agente Hermann de Salza (gran maestro de la orden teutónica, á quien se había dado la misión de someter y convertir á los eslavos del Báltico, lo que logró en el territorio en que tuvo su origen primero el reino de Prusia), fué el alma de la reconciliación entre el emperador y el Papa; se besaron los adversarios como padre é hijo, se hicieron mutuas concesiones, y Federico dió nuevo impulso á sus persecuciones contra los herejes (con los que confundía, naturalmente, á los disidentes de la religión imperial) ordenando «que fuesen entregados al fuego delante del pueblo.»

Varios años de paz y de poder sucedieron á la crisis; la Alemania entera, que se había conmovido con la tentativa de establecer la inquisición, y luego con la efímera rebelión del rey Enrique contra Federico II, su padre, se reunió, en torno del emperador triunfante, en la dieta de Maguncia, que reprodujo el esplendor de la que ahí mismo había celebrado medio siglo antes Barbarroja; la literatura alemana, nacida al contacto de la francesa, pero que ya empezaba á ser nacional y original, tuvo ahí sus representantes, y los príncipes, los nobles y los burgueses se aglomeraban bajo la penetrante mirada de aquel emperador endeble, pequeño, precozmente calvo, que llevaba en su séquito africanos y asiáticos, negros y moros, dromedarios y corceles del desierto y que tenía serrallos y guardias sarracenas como un kalifa.—Poco después Federico se encontraba en plena lucha con los lombardos, sostenidos por el Papa. Decía en un manifiesto: «El brillo del cetro imperial no sólo ilumina al pueblo cristiano en las cosas de la tierra; su poder es el sostén de la fe católica;» y contestaba el Papa: «Constantino ha remitido para siempre al pontífice romano el cetro y las insignias imperiales con Roma y todo su ducado

y el imperio mismo.» Eran dos puntos de vista inconciliables; y todo ello á propósito de una querrela absolutamente política.—Federico aplastó el poder de la liga lombarda en Corte-nuova, en donde la enseña imperial flotaba sobre una torre llevada por un enorme elefante; pero la lucha se encarniza, el Papa sindicó al emperador de Anticristo y le acusa de llamar impostores á Moisés, á Jesucristo y á Mahoma; el conflicto toca al paroxismo.—El justo y sensato rey de Francia (San Luis) pretendía en vano mediar y moderar; inútilmente el anciano Gregorio, cada vez más airado, convoca un Concilio; sus miembros embarcados en una flota genovesa, caen en su mayor parte en poder de Federico.—En 1241 muere el irascible pontífice y le sucede Inocencio IV; tras una corta tregua, reenciéndose la discordia; el Papa, fugitivo, reúne otro concilio en la ciudad libre de Lyon; el emperador trata de hacer oír á sus enviados; San Luis y el rey de Inglaterra le favorecen: inútilmente; Inocencio lo despoja de la corona é invita á los alemanes á nombrar un anticésar.—Federico asume entonces su papel de reformador de la iglesia «que hoy es puramente mundana, pero que, decía, fué fundada sobre la humildad y la pobreza.» Este era el acento de Lutero. «Cristo ha fundado, clamaba Inocencio, no sólo un poder sacerdotal, sino un poder regio, y la espada también pertenece á la Iglesia.» La teocracia llegaba á sus últimas consecuencias.—Batallando sin tregua, murió al fin Federico en 1250, después de haber hecho perecer á su secretario íntimo, al autor de sus manifiestos, á Pedro Delavigne.—Hombre singular: sus instintos eran los de un kalifa; su inteligencia la de un revolucionario; descreído y perseguidor de herejes, ilustrado como pocos hombres de su tiempo, y supersticioso y dado á la astrología. Con él cayó el imperio y la dinastía de Suabia á los pies del pontificado; mas el triunfador quedó herido de muerte en su ideal político.

El epílogo de este gran drama fué rápido y lúgubre; en Alemania, á la voz de los legados pontificales, habían parecido uno y otro anticésar; Conrado, el hijo legítimo del emperador, quiso disputarlo todo y bajó á Italia, en donde le esperaba su hermano ilegítimo el rubio poeta, el heroico Manfredo; murió Conrado en 1254 y un papa francés ofreció la corona de entrambas Sicilias al valiente, hábil y despiadado soldado Carlos de Anjou, hermano de San Luis. Manfredo defendió con sus bravos sarracenos y sicilianos su corona; en la defensa perdió la vida y el angevino señoreó el reino favorito de los últimos Hohenstaufen.—Conradino, el hijo de Conrado, casi adolescente, acompañado de algunos jóvenes heroicos como Enrique de Castilla y Federico de Austria, emprendió la reconquista de su reino. «Dejad ir la oveja al matadero,» decía cruelmente el papa, que veía pasar á Conradino desde lo alto

de una fortaleza. El nieto de Federico II, vencido por Carlos y, capturado, fué ejecutado en Nápoles como un malhechor. La leyenda y la poesía rodearon de una atmósfera de piedad y de lágrimas el recuerdo de aquel niño, que caía como una flor tronchada sobre la tumba de su raza.

6. *Alemania y el Feudalismo.*—Cerca de veinte años vivieron Alemania y el mundo sin emperador; el hermano del rey de Inglaterra y el célebre Alfonso el Sabio fueron emperadores sin imperio, y los magnates que los eligieron juntos sólo cuidaron de pedirles dinero; Alfonso gastó mucho, pero jamás salió de España. Esta es la época que se ha llamado *el gran interregno* en la historia de Alemania.—El Feudalismo comprimido, aunque progresando sin cesar, bajo los emperadores de la casa de Suabia, rompió sus envolturas y Alemania se convirtió en un laberinto de Estados, ó grandes, como Bohemia, que bajo la dinastía de los Premyslidas se había anexado á Austria, Moravia, Carintia, etc., y constituía en plena Alemania un fuerte reino eslavo; ó pequeños, como los que fundaban los caballeros teutónicos y los porta-espadas en Livonia, entre el Vístula y el Niemen y en la marca del Brandeburgo; ó pequeñísimos, como los burgraviatos que se componían de un castillo y una aldea. Todos estos señoríos eran independientes, todos tenían sus derechos propios y sus tribunales locales; no había nada general, no había ni jerarquía ni unidad. (En medio de esta falta de justicia entre los dueños de las parcelas del territorio alemán que se disputaban frecuentemente la expoliación del labrador ó del viajero, se constituyó el tribunal secreto de la *Santa Vehm*, cuyos procedimientos eran misteriosos y cuyos agentes eran asesinos, pero que prestó buenos servicios en sus comienzos.)—Pronto aquella enorme cantidad de soberanías militares, eclesiásticas ó municipales, empezaron á agruparse y á formar porciones que, ó celebraban sus dietas provinciales, *landtags*, ó formaban ligas mercantiles, como las ciudades del Rhin (Colonia, Maguncia, Estrasburgo, Basilea y aun Ratisbona en el Danubio) ó las ciudades marítimas del Mar del Norte y del Báltico, que compusieron la formidable organización de comercio y navegación que se llamó *la Hansa* y que llenó al mundo con sus agencias y sureó los mares con sus flotas. Lübeck, Bremen, Hamburgo, eran la triple cabeza de esta potencia; pero de todas ellas, así como de todo el comercio del Norte, el centro estaba en Flandes, sobre todo, en Brujas, ciudad portentosa por su riqueza y sus relaciones mercantiles.—En 1273 lograron los electores encontrar un emperador, un principillo de la Alemania helvética, Rodolfo de Habsburgo, que cuidó del orden y desbarató el enorme poder de los reyes de Bohemia; Rodolfo adjudicó á su familia los despojos del vencido, sobre todo, el margraviato de Austria, base del futuro

poderío de sus descendientes; al concluir el siglo, un príncipe más pobre que había sido Rodolfo, Adolfo de Nassau, fué electo, pero á su muerte tornó un Habsburgo á ser emperador.

7. *Italia y la anarquía.*—Alemania vivía contenta y feliz con su desorden general y sus ligas y su libertad; desde que ya no tenía emperadores que encadenasen su suerte á la de Italia, se sentía más fuerte, más alemana, diremos, en medio de la pulverización de la soberanía imperial; lo mismo Italia. Su aspecto político era caótico; el Papa, el triunfador del imperio, á duras penas se hacía obedecer de los turbulentos romanos; el reino angevino que Roma había creado en las Sicilias con ayuda de los franceses, se había desmembrado; excitado el pueblo de la Isla contra los franceses por los partidarios de la dinastía caída, se había sublevado en 1282 (*las Vísperas sicilianas*) y matado á casi todos sus opresores. Esto esperaba Pedro de Aragón, esposo de una hija del infortunado Manfredo, para adueñarse de la Isla; su gran almirante Roger de Loria venció repetidas veces y deshizo las flotas angevinas, mientras el rey de Aragón contenía una invasión francesa en los Pirineos. Muerto Carlos de Anjou y vencedores los aragoneses, hubo al cabo de ceder el pontífice, y reconoció rey de Sicilia ó de Trinacria á Federico, el hijo menor de D. Pedro.—En la Italia del Norte dominaba el elemento gibelino ó imperialista y aristocrático; los Visconti sujetaron la Lombardía con el título de *vicarios imperiales*; los güelfos de Verona y de Ferrara procuraron también allegar ciudades dominadas y gobernar con las aristocracias, y Venecia reformó su constitución oligárquica en sentido más riguroso que la que regía. En cambio, Florencia tendía á dominar la Italia central y se constituía democráticamente, dando todo el poder á los jefes ó priores de sus gremios ó artes, ya mayores, como banqueros, notarios, jueces, médicos, etc.; ya menores, como tintoreros, herreros, canteros, etc. Estos priores constituían la omnipotente *señoría*, hacían vida común y eran renovados cada dos meses. Tamaña revolución fué imitada por Siena, Lucca, Génova y otras ciudades, y todas se confabularon contra la gibelina Pisa, y por mar y por tierra dieron irreparables golpes á su poder mercantil.—Lo singular es que en medio de esta febril actividad política, de estas luchas de las facciones que con el nombre de gibelinos y güelfos y otros subnombres, como blancos y negros en Florencia, ensangrentaban las ciudades y se proscríbían y perseguían á muerte, la industria crecía con pasos de gigante, la riqueza se amontonaba en las ciudades y las artes florecían en maravillosos edificios de mármol en Venecia, en Pisa, en Florencia; la pintura despertaba en su costra de oro bizantino bajo el pincel de Cimabue y de Giotto, y la poesía medioeval encontraba su obra definitiva en el mara-